

Elaine

Marie y Demetri Biancardi eran los reyes de Angulema, al este de Francia. La pareja siempre había deseado tener una preciosa niña en sus brazos para darle todo el amor que les sobraba a ellos. Entonces llegó ese día... ¡Marie estaba embarazada! Todos los residentes del castillo la mimaron y los campesinos de su reino llevaron regalos para la niña: pequeños vestidos rosas, patucos, diademas, peines... ¡Era lo más bonito que le podía pasar a Angulema! Pasaron los meses y la barriga de la reina crecía y crecía, hasta que un día, la niña nació. Los reyes hicieron una fiesta en su honor e invitaron a todas las personas que conocían, incluso a la mejor amiga de Marie, Belanova, la duquesa de Nevers. En mitad de la fiesta, apareció Aelfric, el hermano gemelo de Demetri. De repente, la música cesó, todos los presentes se giraron al verle pasar y los reyes miraron asombrados al que una vez fue miembro de la corte. Aelfric se acercó a su hermano y le dedicó una reverencia.

- Hola hermano, he venido expresamente para ver a la niña más bonita y poder presentarle mis honores, si no te importa claro.
- En absoluto, adelante – le dijo receloso.

Aelfric se acercó la niña y la miró fijamente, embelesado. Tenía los ojos castaños chocolate como su madre y el pelo negro y rizado de su padre. La niña abrió los ojos y en cuanto vio a su tío, se puso a llorar. Marie se acercó corriendo a su pequeña, la cogió en brazos y la estrechó en su pecho.

- Parece ser que se ha asustado – afirmó Aelfric con una media sonrisa.- Si no te importa, Demetri, me gustaría hablar contigo – miró a Marie – a solas, si puede ser.

Los reyes se miraron el uno al otro y Marie asintió.

- Que siga la fiesta mientras yo me ausento un momento. ¡No dejemos de celebrar el nacimiento de Elaine!

Se alejaron los dos hasta el final de la sala; cuando pasaron, los guardias cerraron las puertas. Se pararon cerca de un retrato muypreciado por los dos, el de sus padres.

- Y, ¿de qué querías hablarme, Aelfric?
- El reinado tiene que pasar al hermano mayor cuando muere el padre, ¿verdad?
- Sí, ¿a qué viene eso? – le preguntó extrañado.
- A que yo soy el mayor. Bueno, no me entretendré más, ¡atrápenlo!

De las sombras aparecieron unos soldados que cogieron al rey y se lo llevaron a rastras.

- Esperad un momento.

Se acercó y le quitó sus ropas, se las puso y cogió la corona y se la acomodó entre sus rizos. Después de esto, Aelfric se dio la vuelta y se dirigió a la fiesta mientras escuchaba a Demetri despotricándole. Así fue como Aelfric se hizo con la corona sin que nadie se diese cuenta.

Un día, mientras los Biancardi iban a visitar a Belanova, asaltaron el coche. Sacaron de su interior a la pequeña Elaine y se la llevaron con ellos. Marie lloraba desconsoladamente mientras su supuesto marido la consolaba, pero lo que en realidad pasaba, era que Aelfric había pagado a unos bandoleros para que cogieran a la niña y se la llevaran a un orfanato lejos de allí.

Dieciocho años después, Elaine seguía en el horrible orfanato al que la habían llevado. No sabía nada de lo que había pasado con su familia y nadie había ido a buscarla. Se había convertido en una preciosa jovencita, esbelta y de piel blanca; durante esos años Elaine había conocido a Fernando, un granjero español y se hicieron buenos amigos. Fernando le enseñaba a pintar mientras que Elaine le enseñaba a leer y escribir. A mediados de mayo, llegó al orfanato la duquesa de ese lugar. Quería escoger a una chica joven para que fuese su doncella y que la acompañe a ciertos sitios. La directora reunió a todas las jóvenes y se las mostró; una a una las fue viendo y en cuando se topo con los ojos de Elaine se le vino el mundo encima, el corazón le latía muy fuerte y de repente sintió un sudor frío en la frente.

- Me quedo con ella.

Esos ojos le sonaban muchísimo y no quería correr riesgos. Subieron al coche de la duquesa y se fueron las dos a su casa.

- ¿Cómo te llamas, niña?
- Me llamo Elaine, señora.

Todas sus dudas se acabaron, ésa era la niña a la que muchas personas habían buscado con fervor y había llegado a ella por cosa del destino.

- Yo soy la duquesa de Nevers, Belanova.
- Gracias por acogerme en su casa señora, estoy muy agradecida.
- No ha sido nada cariño.

Llegaron a casa, Elaine y Belanova bajaron del coche y los sirvientes vinieron a recibir las.

- Quiero que enseñen todo lo necesario a Elaine para que sea mi doncella.

Detrás de los sirvientes llegaron los hijos de la duquesa, Nathaniel y Laila. Elaine vio a los dos jóvenes con sus bonitas ropas, se preguntó cómo sería si ella hubiera llevado alguna vez uno de esos trajes.

- Hola madre, ¿cómo ha ido todo? – preguntó Nathaniel.
- Bien, muy bien. Os quiero presentar a Elaine, va a ser mi nueva doncella.
- ¿No sería mejor una más mayor mamá? Esta cría no te servirá para nada, será rebelde y traerá problemas. Será mejor que la devuelvas.
- ¿Es así como te he enseñado, pequeña malcriada? Esta chica es mayor que tú y deberías mostrar un poco de respeto. Además, las personas no son un objeto y no se pueden devolver, señorita.
- Pues vaya trato que has hecho – le contestó enfurruñada Laila.
- ¡Ya basta! Retírate a tu habitación, ahora.

Laila se fue enfadada a su habitación, Elaine estaba muy cohibida con esta situación, Belanova estaba muy sorprendida con la actitud de su hija y Nathaniel sólo tenía ojos para Elaine.

- Elaine, me gustaría que perdonaras a mi hermana por ser tan impertinente.
- No pasa nada, ehh...
- Nathaniel, me llamo Nathaniel y mi hermana es Laila.
- Bueno, ya está. Acompaña a Elaine a la habitación que está contigua a la mía, Nathaniel.

Nathaniel guió a Elaine a su habitación y la ayudó a instalarse con las pocas cosas que tenía y después se fue.

Así fue cómo Elaine llegó a casa de los Lemoine, donde pasó mucho tiempo aprendiendo las cosas de la casa y ayudando a Belanova con sus negocios. Fernando la iba a visitar siempre que podía y le llevaba un poco de tela con la que ella se hacía sus vestidos; pero había un inconveniente en su vida feliz. Laila, siempre intentaba hacerla trabajar duro y separarla de su hermano; en cambio Nathaniel se enamoraba de ella cada vez más, pero Elaine sólo se preocupaba de los oficios que tenía que hacer.

Llegó un día en el que Nathaniel ideó un plan para que Elaine le prestara un poco de atención. Le dijo a una de las sirvientas que la llamara y que le trajera un poco de comida. Cuando Elaine llegó, Nathaniel estaba sin camiseta...

- Oh, perdona, Nathaniel – dijo Elaine ruborizada.

- No pasa nada Elaine, a mí me gustaría decirte una cosa y no sé cómo...

Elaine lo miró confusa y sin saber qué decir.

- Desde que llegaste no he parado de pensar en ti cada minuto que pasa y ya no se que hacer. Te quiero Elaine y me gustaría que me correspondieras.
- Nathaniel, la verdad es que yo no sé qué pensar... Tú eres de la realeza y yo sólo soy una simple sirvienta de tu madre.
- Ella te trata como si fueras una hija para ella y yo sé por qué, me lo ha contado todo y por eso hago todo esto.
- ¿Por qué me trata como si fuera su hija?
- Tú eres la hija de su mejor amiga, te reconoció en cuanto te miró a lo ojos. Eres la hija de los reyes de Angulema, Elaine. Te secuestraron cuando apenas tenías unos meses de edad y acabaste en el orfanato de Nevers donde te encontró mamá.
- Esto no puede ser...- le dijo Elaine muy confusa-
- Sí, es verdad lo que te he dicho, mamá vio la marca de nacimiento que tienes en el hombro. La pequeña estrella negra es el símbolo de la realeza.

En ese momento Elaine salió corriendo hacía la habitación de Belanova. Quería una explicación y se la iba a dar. Irrumpió en la habitación dando un portazo.

- Belanova, quiero un coche que nos lleve a Angulema ahora mismo, Nathaniel me lo ha contado todo y quiero ir a ver a mis padres, por favor.
- Esta bien, si es como lo quieres... – le respondió Belanova con una sonrisa -.
- ¿Ah sí? - le preguntó Elaine sorprendida -.
- Claro, estás en todo tu derecho. Nos marcharemos ahora si quieres.
- ¡Sí, por favor, sí!

Ese mismo día Nathaniel, Laila, Belanova y Elaine se dirigieron a Angulema. En el trayecto Belanova le contó a Elaine como Aelfric había destronado a Demetri y lo había encerrado en el calabozo, pero un año antes se había descubierto que no era el rey porque no tenía la marca de la realeza y durante todo ese tiempo habían estado luchando para encerrarlo y lo habían conseguido.

Al anoecer, llegaron a Angulema y Marie salió corriendo en busca de su hija, antes de que parara el coche, con Demetri detrás suyo gritando de alegría. Elaine bajó del coche y abrazó a sus

padres como nunca había podido hacerlo. Los reyes le dieron las gracias a Belanova y todos entraron en el castillo para celebrar la vuelta de la hija al reino.

Desde el principio de la fiesta, Nathaniel se mantuvo al margen de todo y sólo contemplaba a Elaine reírse y llorar a la vez y cómo bailaba con su padre. En un momento dado, Laila se acercó a su querido hermano.

- ¿Te gusta mucho verdad?
- No sabes cuánto... Laila, nunca había visto a una chica como la veo a ella. Es muy especial.
- Lo sé, por eso le tengo un poco de envidia y la trataba mal pero, en estos momentos, la apreció mucho y no me preguntes por qué, eso no lo sé – le dijo con una sonrisa -.
- Gracias, sé el esfuerzo que significa para ti.

Elaine se acercó a ellos y Laila se fue. Nathaniel miró fijamente a los ojos a la pequeña princesa, con ternura y amor.

- Sé lo que piensas y la respuesta es sí – dijo Elaine.
- ¿Sí sobre que?
- De que sí te quiero. Que desde que te vi, no he parado de imaginarme cómo sería estar contigo y poder besarte...
- Ahora puedes hacerlo – le contestó Nathaniel con una sonrisa pícaro -.

Acercaron lentamente sus caras y en ese momento, los dos se besaron delante de toda la gente del reino, bajo la mirada de sus familiares, pero ya nada les importaba, todo estaba en su sitio y ellos estaban juntos...

Érika Tigreros Álvarez